

VEN, BENDECIDO DE MI PADRE

Homilía en el funeral de Don Eduardo Frei M.

25 de enero de 1982

Hermanos:

Nos reunimos en este Templo Catedral, Templo que aúna y recoge las palpitations del alma de nuestro pueblo, Templo que bajo sus bóvedas ha acogido los clamores de dolor, las peticiones de auxilio, los gritos de esperanza y de alegría de nuestro pueblo. Templo que es como la cátedra en que la grandeza de Dios y la debilidad de nuestro pueblo se unen, dialogan y, tomados de la mano como el Padre Todopoderoso con el hijo pequeño, van construyendo la historia de la patria y rectificando rumbos, fijando metas y dirigiendo los destinos de Chile.

Hoy nos reunimos para orar y, en compañía del Señor, desahogar nuestro dolor. Ha muerto uno de nuestros jefes: un hombre que señaló rumbos, que expresó los grandes anhelos de nuestro pueblo, que dirigió los destinos de la patria como Presidente de la Republica: Eduardo Frei Montalva.

Su trayectoria de más de 50 años de vida pública lo señalan como un político de gran talento, de extraordinaria perspicacia y habilidad para solucionar los difíciles problemas del gobierno, como un generoso y sacrificado adalid de su causa; como un demócrata convencido y ardoroso defensor de sus principios; como un cristiano fervoroso y auténtico que siempre se guió por los nobles y grandes ideales de su fe; como un humanista que desarrolló las nobles capacidades de su espíritu y los generosos anhelos de su corazón.

Eduardo Frei fue un cristiano, un demócrata, un político, un humanista y un hijo de la Iglesia. Estos eran sus títulos.

Como cristiano convencido y fervoroso, oyó la voz del Maestro que llegó a él, apremiante e insistente, a través del Magisterio de la Iglesia, que urgía a los cristianos del mundo a crear una sociedad en que la justicia social fuera el principio de una civilización más cristiana y la base de la pacificación de la Humanidad.

Eduardo Frei y un grupo de jóvenes idealistas oyeron la voz de sus Pastores y comenzaron la tarea imposible de convencer a los hombres de su tiempo, a los dirigentes del viejo partido católico de la época para que aplicaran con generosidad y plenitud la doctrina de las Encíclicas Sociales que los Papas, cada cierto tiempo, recordaban al mundo católico y urgían su aplicación.

La Iglesia de Chile pidió a un grupo de jóvenes de Acción Católica, que encabezaba Eduardo Frei, que, dejadas las viejas teorías liberales, hicieran suya y lucharan por aplicar la Doctrina Social de la Iglesia en nuestra patria. Comenzó así la ardua, dolorosa y larga lucha que muchos de nosotros hemos

vivido: lucha llena de incomprensiones y, a veces, cargada de odios.

Hubo que pedir a la Santa Sede que mediara en la discusión política de Chile y diera una palabra que resolviera la discusión entre quienes sostenían que debía haber un solo partido católico y aquellos que querían la libertad necesaria para poder obrar políticamente de acuerdo a sus ideales y a su conciencia.

Las cartas del Cardenal Pacelli y del Cardenal Tardini vinieron a poner fin a la discusión y dieron la razón a los jóvenes idealistas que luchaban por la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia en la vida pública del país.

He querido recordar estas cosas, porque la Iglesia se siente agradecida por el sacrificio de Eduardo Frei y sus compañeros que han hecho posible que la Doctrina Social de la Iglesia sea conocida y amada por un gran número de chilenos.

Hoy la Iglesia llora la pérdida de un hijo preclaro que sacrificó gran parte de sus posibilidades de bienestar por llevar a la práctica la aplicación del Evangelio a la vida social del país.

"La Iglesia no desprecia la actividad política; por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima y exhorta a sus hijos a evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluso la dimensión política". Por eso hoy, agradecida, recuerda a este hijo suyo que la ha sabido interpretar con inteligencia y enorme generosidad. Por eso hoy, desde el Santo Padre hasta el más pequeño y humilde de los discípulos de Cristo, le rinden, entristecidos, el postrer y cálido homenaje.

Eduardo Frei fue un político cristiano. Su voz resuena aún hoy día proclamando con claridad y valentía las soluciones de los grandes problemas nacionales. Su voz continuará resonando y será como la conciencia de un Chile que ama la justicia y el derecho. Como se dijo del Maestro podemos decirlo de su discípulo: "Sobre él he puesto mi Espíritu para que traiga el derecho a las naciones. La caña cascada no la quebrará, el pabito humeante no lo extinguirá. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará hasta implantar el derecho en la Tierra".

Con toda verdad, me siento obligado a tributar a Eduardo Frei el homenaje que el Santo Padre rindiera a otro gran político cristiano:

Eduardo Frei "entendió la autoridad como un servicio para el bien común y la aceptó como cruz y sufrimiento, y no como meta e instrumento de interés personal. Sentía hasta la angustia la limitación de los planes y de los recursos para ayudar a todos los ciudadanos, para realizar una auténtica justicia social, para salvaguardar la democracia y la libertad, sin caer en la arbitrariedad y en el relativismo moral. Hombre de paz y concordia, experimentó el tormento desgarrador de la responsabilidad en la gigantesca y misteriosa lucha entre el bien y el mal, por esto sentía la necesidad de la oración, como alimento espiritual esencial, indispensable, y afirmaba que para esperar eficazmente es

necesario marchar hacia la luz y poner las propias manos en las de Dios".

Eduardo Frei fue un humanista, incansable lector, estudioso de todos los problemas; señaló caminos luminosos que son como su testamento político. Chile no echará al olvido el ejemplo y la palabra de éste, su preclaro hijo. Él fue también el hombre de hogar, amante de su esposa y de sus hijos, cristiano ejemplar en su vida doméstica y en su vida pública. No se enriqueció por su acción política; por el contrario, se privó de las posibilidades de desarrollar sus brillantes capacidades de abogado, que le habrían dado ciertamente comodidades y riquezas, para dedicarse al servicio de sus hermanos en la noble tarea política. La casa que comprara con sus modestos ahorros es la misma que ha tenido siempre y a ella podían llegar una reina como el más modesto obrero o campesino. Ejemplo luminoso de un político cristiano.

Querido hermano: Ante la majestad de la muerte oigo una voz que tú reconoces y que te invita a resucitar y a participar del Reino diciendo: Ven bendecido de mi Padre, yo tuve hambre y tú me diste de comer en los pobres de Chile. Yo estaba sin casa y tú me procuraste una habitación digna para mí. No tenía tierra para trabajar y tú supiste reconocermme en los campesinos. Yo estaba en la cárcel y tú me fuiste a ver. Yo me encontraba humillado y tú levantaste tu voz para defender mi dignidad. Hermano mío, entra en el gozo de tu Señor.

Debo terminar, mis queridos amigos. Entristecidos, pero desde el fondo del alma de creyentes damos gracias a Dios por el hermano que hemos tenido. Damos gracias a Dios porque Chile tiene hombres de la calidad de Eduardo Frei.

Podemos decir también nosotros que la democracia, la Doctrina Social de la Iglesia, el Evangelio, eran para él los postulados de una fe profunda e indefectible. Tenía el alma de un apóstol. Frei fue toda la vida un ejemplo de fidelidad que sobrevive a las pruebas más duras. Seamos fieles a su memoria y a su gran ejemplo.

Así sea.

Santiago, 25 de enero de 1982